

JONÁS

Hace unos años, Jonás Antúnez alquiló un estudio en un viejo edificio de oficinas. Una habitación grande, de techos altos. A un costado tiene como vecina a una tarotista. A veces se encuentra con ella por el pasillo y cruzan algunas palabras. La mujer suele tener más ganas de hablar que él. Le comenta cuestiones relativas a su oficio.

—Hice estudios en Guatemala y en Colombia —dice. —Allá me enseñaron a tirar las cartas con la actitud del cuerpo. ¿Me explico? No sólo “leer” con palabras, sino con la postura corporal.

—Ajá —dice Antúnez. La saluda y se mete en su habitación.

Al otro costado, ha montado su consultorio un dentista al que nunca ha visto personalmente. El estruendo de sus máquinas se escucha tan fuerte a través de la pared, que ha debido colocar un grueso aislante para lograr el silencio que necesita.

Ha pintado la habitación de blanco, no hay otro mueble más que una silla no demasiado cómoda en el medio, donde él se sienta por horas con la mente vacía, tratando de apagar los gritos de su vida. Una luz pálida se filtra a través de las cortinas por la ventana abierta. Hace poco, se ha desocupado otra oficina en el mismo edificio y ha decidido alquilarla también. En esta nueva habitación quiere cubrir las paredes con peceras. Imagina el agua cálida burbujeando y los peces navegando parsimonio-

samente. Un silencio distinto al de su habitación blanca. Proyecta su vida como constructor de silencios. Después de la habitación acuario, podría alquilar otra oficina e imaginar una nueva forma de silencio y así otra y otra. Se ríe pensando en la sorpresa de la policía cuando él muera. Porque seguramente morirá solo, encontrarán su cuerpo en alguna de las habitaciones y habrá una investigación. Una cosa los llevará a otra y terminarán descubriendo su imperio de silencios.

Calcula que este proyecto le llevará de cinco a diez años, dependiendo del tiempo que pueda dedicarle.

Una tarde, se encuentra sentado en el medio del cuarto y golpean a la puerta. Tarda unos segundos en volver en sí y se pone de pie cuando golpean de nuevo. Camina unos pasos y pregunta quién es.

—Camilo, el encargado —dice una voz desde afuera.
—Estoy con el propietario de la oficina para alquilar.

Antúnez descorre la traba, abre la puerta y se encuentra con Camilo y un hombre joven.

—El señor Lombardi —dice el portero a modo de presentación.

—Pasen.

Los dos hombres entran y Antúnez se da cuenta de que se sorprenden al ver la única silla en medio de la habitación.

—Disculpen, no tengo muchas comodidades.

—¿Se acaba de mudar? —pregunta Lombardi.

Antúnez percibe que tiene un acento extraño, como si estuviera resfriado o fuera gangoso.

—Hace un par de años.

Nota que su respuesta sorprende más a los hombres.

—Está muy bien —dice Lombardi queriendo mostrarse comprensivo. —Camilo me contaba que está buscando alquilar otra oficina. ¿Sería para algún estudio o agencia privada?

—Algo así.

Conversan sobre el precio y se ponen de acuerdo. Antúnez queda en entregarle al portero el importe del alquiler y Lombardi le alcanzará el contrato firmado en un par de días. Se despiden, Lombardi y Camilo salen, Antúnez cierra la puerta y escucha que el propietario dice: “Qué hombre raro”.

GERARDO, DON MARCOS

Cuando la tarde baja así plácidamente, a Gerardo le dan ganas de extender la mano desde la avioneta hasta el horizonte y acariciar el lomo de la tierra. Palmearla como a un amigo y decirle:

—Buen trabajo.

Piensa que quizá nada tenga sentido más allá de lo que se ve, pero las formas que ha tomado la existencia valen por sí mismas.

Es uno de los pocos momentos de paz que conoce y que recuerda, y dura unos segundos. Inmediatamente después surgen imágenes que lo desbaratan. Su suegro aparece, acaso convocado por el oasis de calma que Gerardo había logrado. Como si don Marcos no pudiera verlo tranquilo, o como si él mismo no pudiera soportar la serenidad y lo llamara para que acuda a perturbarlo.

Va a la oficina del suegro a retirar el cheque que les pasa cada quincena. La condición del hombre para mantenerlos es que Gerardo vaya en persona y lo reciba de sus manos. Gerardo sabe que la intención es humillarlo.

Don Marcos lo saluda entre afectuoso y sarcástico, y luego le pregunta por Clara y los chicos. Él le hace un reporte conciso y espera el tiro de gracia.

—¿Y vos, cómo andás? ¿Estás haciendo algo?

Cada quince días lo mismo.

—Vuelo —repite cada vez. —Soy instructor, ¿se acuerda? Su suegro sonrío.

—¿Y te pagan?

JONÁS

Pasan las horas en la habitación blanca.

Cuando sale, casi a medianoche, se encuentra con la tarotista. Le resulta extraño verla en el pasillo vacío, a esa hora en la que el silencio retumba.

—Señor... —le dice ella.

—Jonás —responde. —¿Señora...?

—Señorita Azucena. O Soraya, como prefiera —responde ella, con intención, como si hiciera una broma sobre su propia respuesta. Luego lo mira unos segundos detenidamente y afirma:

—Virgo.

—¿Qué? —dice Antúnez.

—Tiene el tipo de Virgo. ¿Qué día nació?

—El 27 de agosto —balbucea Antúnez confundido.

Ella sonrío.

A los 47 años se ha declarado célibe, el sexo le importa menos que el orden y le sucede con frecuencia que no logra recordar qué era aquello que antes le agradaba de las mujeres. Además, ya tiene demasiadas mañas, ¿cómo explicaría las habitaciones? ¿Lo mantendría oculto, como a su oficio? Está cansado. Mira en el espejo su cuerpo desnudo, pronto será un anciano, una larva vieja y arrugada. Pregunta:

—¿Le tiene miedo a la muerte?

El hombre del reflejo responde:

—No lo creo, está habituado a la soledad.

Desde que murió su madre, siempre anduvo solo. Al principio le costó, sentía que le faltaba algo.

Su última pareja ocasional había sido una mujer guaraní. La conoció en Goya una vez que viajó por un trabajo. No solía involucrarse con nadie cuando prestaba servicios profesionales, pero esta joven lo atrajo desde sus ojos salvajes. Limpió todo lo más rápido que pudo, cobró sus honorarios, y se encerró con ella en la habitación del hotel durante siete días. Una imprudencia, debió haber salido de la ciudad apenas le pagaron.

Antes de ella, una mulata dominicana recién llegada a Buenos Aires lo detuvo por la calle para preguntarle una dirección y, luego de algunas palabras y sonrisas, terminaron en la cama de un cuartucho en el bajo. Cuando se despedían, la muchacha le informó cuál era su tarifa, pero al ver la expresión de desconcierto de Antúnez, se apiadó y le dijo, riendo:

—¿Pensaste que me habías seducido? Ve tranquilo, aquí tienes mi tarjeta, pero la próxima me pagas.

Antúnez se fue incómodo. Regresó al día siguiente, con un ramo de flores, y la ayudó a instalarse en un barrio más familiar.

Soraya Azucena toma su mano y la contempla.

—Vida compleja. De artista —dice.

Se siente un ermitaño, para él lo natural es transcurrir solo. No puede imaginar una pareja, una familia.